

LA DESAPARICIÓN DE ROBESPIERRE

Emílbdmíl

1

Mi amigo Dieguito

Desde que cumplí mis primeros cinco años, hasta bien entrados los dieciocho, todo el mundo me ha llamado «La Hierros». Tengo claro que no puedo achacar este apodo a la malicia de quienes me rodeaban, sino que, más bien, debo atribuírselo a su clara falta de imaginación. Los médicos decían que mi columna tenía que dejar de retorcerse, que imitaba en demasía a una serpiente escalando un tronco. Señalaban que, o detenían su enroscar, o me convertiría en la primera mujer en la historia de la humanidad en poder verse el trasero sin necesidad de emplear para ello espejo alguno. Y... como la naturaleza tiraba para un lado, ellos, los doctores, a base de hierros, deseaban que tirara para el otro.

Así pues, todos los días, mi primera acción nada más salir de la ducha era peinarme mi rubia cabellera. Seguido me enfundaba en mi armadura. Engrasaba sus articulaciones y abandonaba mi casa. Siempre dispuesta a comerme el mundo. Vistiendo, cual abrigo se tratase, un exoesqueleto metálico. Amén de tener que bregar con las burlas de quienes me rodeaban. ¡Vaya fatalidad!

Hace ya varios meses que regresé a mi Sabreña natal con el título de veterinaria bajo el brazo. Con unos ahorrillos que tenía, y algo de dinero que me dejaron mis padres, pude establecerme en la avenida de los Rosales. Una calle cercana y paralela a la que me vio nacer. Mi clínica veterinaria, *CLÍNICA DOCTORA IRENE*

FUERTES, no era lo que se diría un *superlocal*, pero a mí me solucionaba todos los problemas que iban surgiendo.

¡Qué orgullosa estaba de ella!

Parezco tonta... venga a hablar de mí, como si fuese una cotorra pretenciosa. Me parece que ya es hora de centrarme en el verdadero protagonista de esta historia: mi queridísimo Dieguito. Aún me lloran los ojos cuando recuerdo nuestra despedida, al finalizar el bachillerato. Los inseparables tuvimos que separarnos.

Sí, tienes razón si piensas eso... lo echo mucho de menos. «La Hierros» y «El Idiota». «El Idiota» y «La Hierros». Así nos llamaban y conformábamos la panda de los raros del colegio, pero... ahora que han pasado tantos años... a quién demonios le importa.

Para que puedas comprender la verdadera personalidad de mi querido Dieguito debo retrotraerme aún más en el tiempo.

Como primer dato tengo que decirte que Dieguito era hijo del por aquel entonces alcalde de Sabreña, don Francisco Fortes y de su operada mujer, doña Encarnita Labaca, o *la Collares*, como gustaban llamarla sus sirvientes cuando esta no los escuchaba.

La Collares era una mujer muy ambiciosa, veinte años más joven que su esposo, Francisco Fortes, aunque estos, los años que los separaban, aparentaran más de una veintena. A Dieguito le tocó, por designios del azar, una madre de vientre esculpido y pechos de silicona, tan exuberantes como muertos, puros desiertos de vida. Encarnita era una mujer de piel tostada en la calidez de hamacas y tumbonas, de horas baldías derrochadas en peluquerías, spas, balnearios, salones de belleza y quirófanos. Todo en ella era apariencia: falsas tetas, falso culo, falsos labios, ni las mentiras que florecían de su retocada garganta eran reales. Nada le era propio, ni el apellido que no tardaría en cambiárselo por el de su marido, su último trofeo. Era una mujer de cuello rejuvenecido, de pómulos tonificados y de edad operada; con vapores de bótox supurando por sus labios.

Para prosperar en esta vida y poder alcanzar su sueño, promocionó de forma ilimitada el contornear de su cuerpo y el mareante y embaucador balancear de su trasero. Con eso le bastó. Consiguió

cazar a su presa. Se casó con el *millonetis*. Se veía a la legua que las dos únicas ambiciones que motivaron su existencia fueron el calentar al lujurioso y el domar a la vejez. Las dos encaminadas a la consecución de un objetivo: Hacerse asquerosamente rica. El dinero era el único Dios al que adoraba.

Con el tiempo moriría sola, arrugada como una pasa, sin haber disfrutado ni de una pizca de amor, solo *postureo*.

¡Una verdadera lástima!

Al contrario que su esposa, al padre de Dieguito, Francisco Fortes, no le importaba aparentar más edad de la que poseía. Los años nunca le habían incomodado. Rondaba la cincuentena cuando embarazó a su prometida. Era un hombre de pelo cano, que siempre llevaba arreglado y engominado. Portaba una descomunal trompa olfativa, de fosas nasales amplias y nariz terminada en una punta bulbosa que descansaba sobre un afrancesado bigote.

Francisco era más de barra de chiringuito que de toalla y sombrilla. De brazos lasos, con músculos olvidados. Cadena de oro y reloj de marca, de esos relojes que son capaces de dar las horas de dos en dos, o de tres en tres, y que te ilustran del horario de todas las capitales del mundo. Era un personaje de mente callada y mano ágil (nunca dijo que no a las corruptelas y sobornos, al dinero fácil). Lo que sí destacaba desde la lejanía era su descomunal panza. Andorga que en la humilde clase trabajadora sería catalogada como *barriga cervecera*, en él se cuajó a base de euros albardados en gula y glaseados en codicia.

Cuando Pacorro terminó sus estudios y ya con el título bajo el brazo, llegó el momento del *quid pro quo*. Era la ansiada hora de devolverse los favores ganados con los juegos de clases y pasillos.

¡Y de qué manera!

Pacorro y sus amistades trocaron el, pásame el balón, por corruptelas. Algún examen arrebatado de los cajones del padre Higinió, por prerrogativas. El cigarrillo a escondidas tras las paredes del gimnasio, por contratos amañados. Alguna que otra *manuelilla*, ocultos en baños y vestuarios. Disfrutaban ojeando esas revistas llenas de mujeres de baja moral. Hembras que tanto odiaban sus

ensotanados profesores, escasas de equipaje. Mientras recorrían las páginas con una mano, con la otra, manoseaban su masculinidad o la de su compañero. Trocaron favores pasados por talones de muchas cifras. Por cuentas corrientes que blanqueaban el dinero de sobres ocultos.

El «hoy por ti, mañana por mí», le otorgó pingües beneficios. Era así como funcionaba el mundo entre esas aulas donde se fraguaban los gobernantes, los hombres de bien. «Yo te la casco y tú me la meneas». *Quid pro quo*.

Empleando esos ancestrales y mundanos ardides, Pacorro, con mano escondida y sobre oculto, confundió su economía con la de sus electores (esa masa borreguil que se dejaba las horas, la vida, entre sudores y callos). Se enriqueció a base de turbios negocios. De disimulados sobornos. De corruptelas de guante blanco. Todo ello adornado entre limusinas y lujosos despachos. Banquetes en inaccesibles comedores y saunas donde exudaban sus grasas.

Le bastaron cuatro años de concejal, ocho de alcalde de Sabreña y otros tantos como diputado, para convertirse en parte de la clase alta. Pero de esa élite ociosa. Ahora pertenecía a ese falso linaje de jubilados de estraperlo que habían hecho fortuna a saber de qué manera. En esos escasos años transformó su apellido en una retahíla de cuentas corrientes. Eso sí, bien camufladas en diferentes paraísos fiscales.

A la edad de cuarenta y cinco años, Pacorro poseía tal capital que podría satisfacer las necesidades de varias generaciones, pero tanto él como su esposa siempre deseaban más y más.

Dieguito no había aún cumplido el año cuando ocurrió una terrible desgracia que le marcó para toda la vida. Ese día el sol despuntaba altivo en el horizonte, solo oscurecido por unas algodono-sas nubes, regordetas como pompones, que eclipsaban por momentos la escasa luz del amanecer. El Dieguito bebé disfrutaba de su acostumbrada teta ajena. A su madre, *la Collares*, debido a las múltiples cirugías estéticas y demás intervenciones quirúrgicas a las que se sometió, le era imposible amamantarlo.

La contrariedad quiso que, las manos de la yaya que lo sujetaban, anclándolo a su teta, por la razón que fuese..., lo soltaron. Dieguito cayó como pedrusco de granizo, de cabeza, sobre la lujos-

sa alfombra de algodón importado del dormitorio y allí se quedó, clavado como estaca de arriero, con la vista perdida en el carísimo estucado del techo.

Tras esa caída, su nuca sangró hasta la extenuación. Su cráneo se deshizo en mil pedazos. Trozos que los doctores volvieron a componer, ayudados por una pieza de duro metal. Coraza que quedaría soldada para siempre en su cabeza y que con el tiempo sustituirían por otra de superior tamaño y dureza.

Pese a la eficacia de los doctores y cirujanos, Dieguito ya no volvió a ser el mismo. Microscópicas astillas de masa ósea quedaron adheridas a sus sesos, punzando su cordura, necrosando su incipiente juicio. Vas entendiendo lo de su apodo, ¿no?

Esos malditos restos permitieron que la idiotez pastara a sus anchas y dieran pie a una de las batallas más difíciles a las que Dieguito tuvo que enfrentarse, y, con puño ganador, al final fue la memez quien venció a la razón.

Un año permaneció hospitalizado, en estado de coma. Solo Fermín, su fiel mayordomo, alguien que lo quiso como a un hijo, lo acunó en esos largos meses que malgastó, aletargado en la cama del hospital, enfrascado en su delirio. Ni muerto ni vivo. Conectado a una máquina que marcaba sus pulsaciones, su ritmo cerebral: ¡Bip! ¡Bip! ¡Bip!

El tiempo desfiló mes tras mes, sin que nadie lo visitara. Ni padre ni madre. Nadie se acercó hasta su cuna para cantarle dulces nanas, ni para mimarlo bajo el refugio de las sábanas, ni paraocerlo entre susurros. Sus únicas visitas, aparte de las del fiel mayordomo, fueron las del doctor y las enfermeras, más que nada por controlar que sus constantes vitales siguieran siendo eso, constantes y vitales.

Pasaron los años y, pese a que en su juventud don Francisco Fortes frecuentara las aulas de acomodados colegios privados, llegado el momento, optó por enviar a su hijo a una escuela pública. No había cumplido aún los ocho años. La principal razón para tal decisión (la de no enviarlo a las mismas aulas donde él aprendió

cuanto sabía), fue que los numerarios del Opus Dei se lo dejaron muy clarito:

—Paco, ¿cómo se te ha podido ocurrir ni tan siquiera planteárnoslo? ¡Retrasados en nuestras clases! ¡Por el amor de Dios! Mejor escóndelo en un colegio público. Junto a otros idiotas no destacará sobremanera. En estos casos el dinero no sirve de mucho, un tonto es un tonto y siempre será tonto. Debes comprender, amigo Francisco... que nosotros tenemos una reputación que mantener. ¿Qué sucedería con nuestro prestigio si admitiéramos a cualquiera?

Pacorro ni rechistó.

De modo que, más por miedo a la vergüenza y al ridículo, que, motivado por el amor a lo estatal, lo envió a cursar sus estudios a lo público. De lo cual me alegré.

Fue en esos días, mientras se sumergía entre las aguas fangosas del colegio Público Unamuno, cuando nos conocimos. Cursábamos la enseñanza primaria. Yo a la tierna edad de seis añitos y él tendría no más de ocho. Él se sentaba justo delante de mí, se apellidaba Fortes y yo Fuertes, y ambos permanecíamos con la cristallera a nuestra izquierda, viendo cómo cada día el amanecer clareaba el aula.

Dieguito siempre venía repeinado, con su ropa inmaculada, con sus libritos del *Zorro*, de hojas arrugadas y sobadas por el trasiego. Entró en clase con un aura vacía de afecto, pero con una sonrisa que a mí me conquistó desde el primer momento en que me miró. Tardó varias semanas en decirme un simple hola, pero a partir de ese valiente vocablo nos hicimos amigos inseparables.

La Hierros y El Idiota.

Perdona si se me escapa alguna lágrima.

No es que Dieguito hablara mucho, más bien podríamos decir que al principio ni tan siquiera me dirigió la palabra. Me costó Dios y ayuda que él se sintiera necesitado de contarme cualquier mínima anécdota, pero al final lo conseguí. Tengo claro que mis enseñanzas no lo convirtieron en un Séneca, no obstante, Dieguito me deleitaba con alocadas historietas que versaban sobre un héroe que lo tenía enamorado: *el Zorro*. A Dieguito le brillaban los ojos como dos verdes amatistas mientras me narraba chascarrillos y anécdot-

tas, aventuras plagadas de duelos a espada. Yo simulaba que era capaz de descifrar cada palabra que nacía de su garganta; sin embargo, en las primeras semanas poco entendí de sus invenciones.

Como bien dije, la desgracia llamó a su puerta y desde aquella traicionera caída sobre la lujosa alfombra su mente caminaba por otros derroteros. Cierta mañana de abril, recién llegados de disfrutar de las vacaciones de Semana Santa, Dieguito se parapetó en su pupitre y se hizo un ovillo. Permaneció en silencio durante cinco eternos minutos hasta que al final se incorporó. Metió la mano en el bolsillo de su inmaculada bata y extrajo un manojo de llaves de plástico. Todas iguales, azules y dentadas. Yo lo observé extrañada.

Dieguito, con la mirada perdida en algún punto del infinito, comenzó a deambular entre los pupitres, como si fuese un zombi. Aireaba ese llavero donde portaba engarzadas sus dichosas cinco llaves. Ni cuatro ni seis, exactamente cinco. Todas asquerosamente iguales. Perdona mi lenguaje y mi poco tacto, pero es que me da un coraje solo el recordarlo.

Dieguito se detenía en cada pupitre y, con la cabeza gacha, preguntaba a quienquiera que lo ocupara, si le cambiaban el orden de las llaves. Esas llaves encadenadas a ese dichoso llavero con la misma tenacidad que su mente se anclaba a su asfixiante idiotez. Era, como si no nos conociese, incapaz de mirarnos a los ojos.

Deambuló entre los pupitres, con la vista clavada en su llavero y una súplica en su corazón:

—¿Me cambias esta llave de sitio? —rogaba con voz tierna.

Todos pasaban de él entre risas e insultos.

Aquel día recuerdo que me acerqué a su encuentro, y él, sin reconocermme, me pidió que le cambiase las llaves de lugar. En ese momento deseé arrojar las malditas llaves, llavero incluido, por la ventana y tras ellas a todos nuestros compañeros de clase que tanto se reían de él. Me dieron ganas de gritar a los cuatro vientos: «Sí, ya lo sabemos, es tonto, ¿y qué? ¿Acaso vosotros no lo sois también?» ¡Qué rabia me entró!

—Ponme esta aquí... Dale la vuelta. Esta... del revés —me decía señalando a cualquiera de sus dichosas llaves mientras en la comi-

sura de sus labios se formaba una transparente espumilla y sus ojos se posaban en algún fantasma que debía morar en su desquiciado cerebro.

Su mirada se tornaba turbia, veía sin ver. Miraba sin mirar. En su mente una sola obsesión: que le cambiaran las puñeteras llaves de posición. Punto.

Transcurridos unos minutos y cuando las llaves fueron movidas decenas de veces, Dieguito empezó a encogerse, haciéndose un ovillo. Se arrinconó tras la cesta de los juguetes. Yo me inquieté y me acerqué a él.

—¿Estás bien, Dieguito? —le interrogué. Era una pregunta disparatada porque se veía de lejos que algo le torturaba.

Me miró con sus ojos de cachorro y me sonrió. Con todo lo que estaba sufriendo y Dieguito me sonrió. Entiendes por qué le quiero, ¿no?

Yo no lo dudé, llamé a la *señ*o y prestos, abandonamos el aula en dirección al despacho de la directora.

Recorrimos el pasillo. Él, agarrado a mi cintura. Siguiendo el compás de mis metálicas zancadas. Murmurando para sus adentros. Con la mirada perdida.

Una vez llegamos al despacho, aparqué su maltrecha alma en una de las sillas. Me quedé observándolo, compungida. Algo en el interior de su mente le hacía retorcerse de dolor. Una fuerte migraña le robaba, sin darle tregua, la vida y peor aún... la sonrisa.

Por aquellos días no supe entender qué era lo que le ocasionaba ese sufrimiento. Con el transcurrir de los años, con el revivir de más de una de sus recaídas, descubrí que fue aquel porrazo contra el suelo el causante de esas migrañas que le encadenaban la cordura.

Cuando la directora vio a Dieguito, sobre la silla de su despacho, retorciéndose de dolor, telefoneó a la mansión de los Fortes. A los pocos minutos se presentó Fermín. Siempre Fermín. En sus ojos se reflejaba la angustia de ver a su niño sufriendo. Se acercó a él y lo alejó de ese infierno, siempre con una sonrisa en la boca.

Mientras Dieguito abandonaba el colegio en compañía de su mayordomo, yo me acerqué al ventanal, el que daba a poniente,

frente a la guardería, y, tonta de mí, lloré. Lloré desconsolada, cual plañidera en un entierro.

Por suerte Dieguito regresó a clase al día siguiente como si nada hubiese pasado. Gracias al cielo, esos episodios se fueron dilatando en el tiempo y sus recaídas le descomponían el alma con menor frecuencia. Nunca pude acostumbrarme. En cuanto veía a Fermín alejarse escaleras abajo, con Dieguito entre sus brazos, nacían en mí ser unas lágrimas que peregrinaban como penitentes por mis mejillas. Entonces huía a refugiarme a los lavabos. Permanecía allí, hasta que el sonar de la sirena me devolvía a la realidad escolar.

Años más tarde, cuando Dieguito se convirtió en don Diego, recibió una noticia que terminó por desquiciarle: Fermín, su entrañable Fermín, se había esfumado. Ocurrió al año siguiente de abandonar el instituto.

Después de tantos años de servicio, Fermín desapareció sin dejar rastro, sin ni siquiera despedirse.

A partir de ese día, un triste miércoles, poco más se supo de él, de Fermín, solo lo que rumorearon las malas lenguas: Que se largó en extrañas circunstancias.

Algunos lenguaraces aseguraron que Fermín regresó a su pueblo natal, en la vega del Bidasoa. Otros afirmaron que le pillaron robando de la caja de los Fortes y fue el mismísimo Francisco Fortes en persona quien le entregó a la justicia y que a partir de ese día gastó sus horas encerrado en el penal de Zuera. Otros declararon que al final tuvo suerte y le tocó la lotería, que tomó el dinero del premio y se fue sin ni siquiera despedirse. Dieguito nunca se creyó ninguna de esas majaderías. Fermín, cuanto menos, le obsequiaría con un adiós antes de irse, ni la muerte se lo hubiese impedido.

Al pobre muchacho, a Dieguito, esa ausencia le pilló de sopetón y le contrajo el alma. Esa tarde de miércoles él llegaba ilusionado de la biblioteca con un ejemplar del *Zorro* en su mochila. Entró en la mansión y llamó a su único amigo, a ese hombre canoso y apacible que hacía las veces de padre, mas este no apareció.

—Fermín se ha largado —fue la escueta respuesta de su padre.

Así de simple, Fermín se fue, sin despedirse, sin decirle un último adiós. Eso le partió el corazón. Presa de la locura, Dieguito se lanzó de cabeza contra una de las paredes, la decorada con un papel pintado lleno de florituras, una verdadera horterada que gustaba mucho a su madre. Por suerte para su salud, desde aquel primigenio incidente, su cabeza quedó forrada de duro metal. Así que el golpe no ocasionó en él más lesión que un berrinche y algo de engorrosa sangre. Pero, a partir de ese día, Dieguito comenzó a comportarse de forma aún más extraña. Empezó a deambular desnudo o semidesnudo por la mansión.

Tal fue su locura que, en una ocasión, se paseó en pelota picada por una de las fiestas que sus padres organizaban para sus amigos de la alta sociedad. Eso les indujo a tomar una traumática decisión (al menos en lo que concierne a Dieguito). Resolución que a ellos en nada les importunó: decidieron comprarle un apartamento y así alejarlo de su lado de una vez por todas. Estaban cansados del tonto de la familia.

El apartamento elegido se situaba en los extrarradios, un cuchitril que se parecía más a una cochiguera que a una casa. Y allí lo dejaron, perdido en la periferia de Sabreña. A partir de ese día, Dieguito trocó la paz y el confort de su mansión por una vida rodeado de vecinos y griterío. Con ropa colgada en esos tenderetes con forma de telaraña que abundan en las casas de los humildes. Con jadeos y continuas discusiones ascendiendo por el patio interior. Amén de esos olores a fritangas, a humedad y cañería vieja.

Sus padres dijeron a sus amistades que le habían regalado un pisito de soltero por su cumpleaños. Que el joven ya tenía veintiún *años* y era momento de que disfrutara de los placeres de la vida. Quedaba claro que eso lo dijeron para justificar tal abandono. Además, de paso aprovecharían que ellos se hallaban inmersos en investigaciones policiales para abandonar el país. Les salpicaban ciertos turbios negocios que amenazaban su libertad. Así que aprovecharon la ocasión para librarse del idiota y refugiarse en un país extranjero. De esos sin tratado de extradición, junto al mar Caribe. Con ese propósito, vendieron todas las propiedades que atesoraban en España. No es que necesitaran de liquidez, pero prefirieron no dejar nada atrás. Solo a su hijo, al mermado de fa-

cultades, al memo que les ridiculizaba cuando se plantaba en cue-
ros frente a sus amigotes.

2

Y todo por un chicle

Una soleada mañana, varios meses antes de que yo regresara a Sabreña, un Dieguito de veinticinco años abandonaba la biblioteca municipal. Desde su apertura, a las nueve en punto de la mañana, hasta bien alcanzado el mediodía, Dieguito deambuló entre sus pasillos y estanterías. Seguro que a la caza de algún nuevo ejemplar de su héroe favorito. Y ahora se marchaba con el éxito reflejado en su cara y con la sonrisa en sus labios. Hoy la suerte le acompañaba y atesoraba en su zurrón un volumen con una aventura inédita del *Zorro*.

Dieguito descendía por las escaleras. Caminaba a ritmo de paseo. Con la mirada perdida. Ensoñándose con la nueva aventura que en breve viviría a la luz del flexo de su habitación, en su apartamento de los extrarradios. Pero hoy, sin embargo, lo que más le alegraba no era ese vademécum de acción que descubrió, sino el chicle de menta que encontró adherido en los bajos de una de las mesas del salón principal de la biblioteca. Chicle que ahora ramoneaba campechano entre sus maxilares. Dieguito, más que andar, trotaba al igual que un niño que estrena ropa nueva. Aferrado a su mochila. Mascando el chicle y haciendo globitos a destajo. Feliz, como siempre gustaba caminar.

De nuevo, el destino quiso que la mala fatalidad lo volviera a atrapar.

Al llegar a la puerta de salida, estornudó. La mencionada goma azucarada que encontró escondida bajo la mesa salió disparada de su boca (es lo que tienen los estornudos). Debo añadir que, amén de las masticadas que Dieguito le propinaba, tengo que sumar a estas las de su anterior o anteriores propietarios. Por lo que queda claro que el chicle estaba hartó pegajoso.

Con el estornudo, el mencionado chicle voló. Surcó ese aire que olía a libro viejo, a polvo y a conocimiento. Atravesó el umbral, ya que la puerta se encontraba entreabierta, y amerizó en la falda de una joven que por casualidad por allí paseaba. Y ahí se quedó, pegado a la tela.

La moza en cuestión era de esas de buen ver. Morena, de pelo *encoletado* y calcetines a rayas. Cinturita de avispa y hombros primorosos. Emanaba finura y refinamiento por todos sus poros. Ojos verdes, labios carnosos, piel cenicienta y pómulos tintados con sensuales pecas. Vamos, un pibón, pero que a ojos de Dieguito significó el adiós a su golosina.

Ajeno a llamadas lascivas (La única pretensión de Dieguito era recuperar su chicle), la siguió con su mirada fija en la goma de mascar y las manos apuntando al trasero de la muchacha. Era en esa parte del cuerpo de la moza donde se encontraba adherido el chicle. Avanzó tras ella todo lo que era la avenida Manuel Azaña, confundiendo culo y chicle, chicle y culo.

Con el tiempo, la muchacha se detuvo frente a un semáforo. Momento que Dieguito aprovechó para estirar la mano y recuperar su tesoro. Tesoro que aún continuaba cosido a la falda. Por cierto, una falda corta, hasta medio muslo, del color de la canela. Con pliegues longitudinales que conferían a la zagala una figura más esbelta y que aireaba sus estilizadas piernas.

Con fuerza, Dieguito se aferró a su premio. Lo hizo con tanta vehemencia que al tirar de él se llevó chicle y falda. Al menos dejó el tanguilla de la muchacha en su sitio. Una braguita rosa pálido, adornada con florituras de color naranja. Prenda que pudo ser contemplada por quien quisiera admirarla. El griterío que se formó fue sobrenatural. Dieguito trataba de despegar la azucarada alhaja de la falda, mientras la moza chillaba sin parar. Ni se recuerda la retahíla

de improprios e insultos que amanecieron de esa boquita de piñón.

¿Cómo era posible que una almibarada y bella joven pudiera transformarse en un orco y mudar su fragancia de rosas por el hedor, a cigarro rancio y a grasa reseca? Yo no sé la respuesta. Solo sé que todo ocurrió en un santiamén. La orco (lo que antes era una bella moza) se abalanzó contra Dieguito. Encoferizada, ruborizada, llena de odio y rabia. Parecía un diputado de la extrema derecha hablando del Día del Orgullo gay.

La gente comenzó a rodearlos. Un espectáculo de esa catadura y gratis, no se veía todos los días. Y debemos agradecer que así sucediera, ya que esa aglomeración de curiosos salvó a Dieguito de la paliza que la joven prometía endosarle. Presa de vergüenza, más que de rabia, la muchacha recapacitó. Miró a su alrededor y, tras comprobar como todos los ojos permanecían fijos en su trasero, optó por tapar sus encantos y domeñar sus impulsos asesinos. Aun así, Dieguito recibió varios pescozones, algún mordisco y demasiados arañazos. Todo ello acompañado por palabros que prefiero no repetir.

Para Dieguito, lo peor no fue la vergüenza que rondaba por el aire. Ni que la policía lo detuviera con fariseas acusaciones. Ni los golpes bajos que la zagala le repartió. No. Lo que más le molestó fue que no pudo recuperar su chicle. Que este se lo llevó la muchacha, atrapado entre los pliegues de su falda.

Dos corpulentos agentes de la ley lo zarandearon y lo introdujeron en un furgón. Medio día en la comisaría. Fotos de frente y de perfil. Una tablilla grabada con un extraño número prendido de su cuello. Fue un auténtico infierno lo que vivió hasta que el abogado familiar, don Crispulo, disfrazado con su toga y sus puñetas, lo sacó de ese entuerto. La explicación que dio para que le devolvieran la libertad fue sencilla:

—¿Agentes, no ven que es retrasado, que es medio idiota?

El letrado presentó un maremágnum de impresos y certificados médicos y psiquiátricos. Amén de aprovecharse del apellido que completaba el nombre del detenido. No hablaba solo de Dieguito, sino de don Diego Fortes Labaca, el único heredero del clan Fortes. El único hijo varón del exalcalde y exdiputado conservador.

Por su parte, la jovenzuela, al entender la tontuna del muchacho, no puso denuncia alguna. Pero a Dieguito no le hicieron ni puñetero caso mientras insistía, de forma persistente, que le devolvieran su chicle. Lo que el abogado no pudo impedir fue que ese suceso apareciera en todos los noticiarios. Algún desaprensivo llamó a la prensa, la cual, capitaneada por el olor de la carroña, como ave de rapiña, se lanzó a la yugular de Dieguito. En todas las imágenes televisivas, con letras resaltadas debajo de su fotografía, se pudo leer la palabra: ACOSADOR. Lo que le faltaba. Ahora, a sumar al *idiota* que resurgía en cada conversación, tendría que aguantar lo de *tocaculos* que vendría a ser la traducción popular del delito de acoso.

Fue a partir de ese día que Dieguito decidió ser invisible al mundo. Su intención no fue otra que el deseo de camuflarse entre el gentío. Pasar desapercibido. Que nada ni nadie detectara su presencia. De esa forma, jamás volverían a llamarle ni *idiota* ni *tocaculos*. Para llevar a cabo tal milagro, el de pasar inadvertido, Dieguito pensó que sería suficiente con cambiarse el nombre. Obvia decir que solo a un memo se le podría ocurrir tal estratagema.

De forma que decidió buscar uno que lo enmascarara. Y, al igual que el antifaz del *Zorro* ocultaba a don Diego de la Vega, ese nuevo remoquete cubriría sus rasgos y nadie jamás lo reconocería. A estas alturas no creo que haga falta decir que el *Zorro* era su héroe favorito. Se había leído todas sus noveluchas más de un centenar de veces. Incluso me atrevería a afirmar que se las sabía de memoria.

Así que, Dieguito tomó una sabia decisión. Permutaría su nombre por otro que le concediera esa invisibilidad que tanto anhelaba. Para conseguir ese milagro, Dieguito tendría que elegir un alias que fuera capaz de camuflar su verdadera identidad. Y esa no era una tarea fácil.

«¿Cuál será ese nombre?», se preguntaba Dieguito en la tranquilidad de su hogar, con su *Nesquik* caliente en sus manos, asomado a la ventana. La noche se cernía sobre la ciudad, cubriendo las calles con un aura de misterio. El sonido del camión de la basura llamó su atención. Paseaba a ritmo lento, recogiendo uno a uno los

contenedores. Emitía un repetitivo soniquete a metal y vidrios rotos. Dieguito permaneció un rato observándolo, siguiéndolo en sus movimientos, mientras saboreaba el aroma del *Nesquik*.

El camión doblaba ya la esquina cuando, resguardado bajo la marquesina del autobús de línea, creyó ver la silueta de un hombre. No lo pudo reconocer, pero... algo en él se le antojaba familiar. Dada la carestía de luz y la distancia a la que se hallaba, Dieguito no distinguió bien sus rasgos. Solo resaltaba el brillo de un cigarrillo que a duras penas dejaba imaginar sus facciones. El hombre le daba caladas a un pitillo y expulsaba el humo en volutas que envolvían su rostro. En ese justo momento, un coche pasó cerca de él. Por unos segundos, le iluminó parte de la cara. Lo que a Dieguito le pareció una máscara envolvía cada centímetro de su tez. Una careta similar a la de *Guy Fawkes*¹. El enigmático hombre llevaba subidas las solapas del abrigo y sobre su cabeza portaba un sombrero de ala ancha, estilo americano. El enmascarado dio una nueva calada a su pitillo. Dieguito distinguió la brasa del cigarro cuando esta se reflejó en el blanco de la máscara. No había espacio para la duda. Su cara se escondía tras una careta. El humo lo envolvió en un aura de misterio.

«¡El Zorro!», pensó Dieguito.

Con toda la rapidez que fue capaz, Dieguito corrió hacia el sifonier. Abrió uno de los cajones, el segundo de la derecha, y cogió los prismáticos. Lo hizo con tanta premura que tiró el vaso de *Nesquik*. Este se desparramó por el embaldosado del suelo. Para cuando llegó de nuevo a la ventana, con los prismáticos en sus manos, ese misterioso personaje había desaparecido. Lo único que pudo contemplar fue el alejarse del autobús de línea.

«Quizá solo se trate de un ciudadano más que espera el transporte público al cobijo de la marquesina», supuso mientras, desilusionado, cerraba la ventana y bajaba la persiana. Sea como fuere, un halo de misterio bañó la mente de Dieguito.

Sin darle más vueltas al asunto y dejando fija en su cabeza la idea de que solo se trataba de un extraño personaje, abrió el armario del cuarto de baño y cogió la fregona. Poco a poco limpió el

¹ *Conspirador inglés que trató de volar el parlamento londinense, allá por 1605.*

líquido derramado, recogió con esmero los cristales, los arrojó al cubo de la basura y se metió a la cama. Ahora tenía que concentrarse en su verdadero objetivo: Buscar ese seudónimo que le otorgara el anhelado anonimato.

Entre las miríadas de nombres que existen, siempre me ha intrigado por qué tuvo que elegir ese en concreto. Era más que evidente que el «Diego Fortes» que le tocó por vena al nacer carecía de su agrado. Para él debía pesar como losa de cementerio. Baste decir que los manidos, fulano, mengano y zutano, le parecieron demasiado pueriles y en nada secretos. Por cierto, alias que en más de una ocasión empleó, mas ninguno le satisfizo. Casi cuatro meses tardó en encontrar ese nuevo nombre, pero al final lo halló.

Anticiparé, solo para calmar tu curiosidad, que la culpa del nuevo nombre con el que acabó por autobautizarse, fue, al menos en su principiar, achacable a Antonio Banderas. Buen actor, pero pésimo espadachín y mucho peor conocedor de las historias que los cómics y tebeos narraban de su personaje. Al parecer, el tal Banderas no debió aprenderse bien el papel para el que le contrataron.

¿Cómo pudo salirse tanto del guion?

Dieguito nunca se lo perdonó.

Era indudable que, a Dieguito, la figura del *Zorro*, ese emblemático héroe legendario, le tenía encandilado. Aparte de las decenas de tebeos que releyó mil veces, también desgastó infinidad de butacas y mullidos cojines viendo todas las series que del *Zorro* se proyectaron. Rumiando bolsas de palomitas en el cine de su barrio, El Coliseo. También derrochó centenares de horas televisivas, primero en la habitación de su mansión, para después dilapidarlas en el cuartucho de su apartamento.

El clímax de los episodios de esa serie de ficción se alcanzaba cuando, en el duelo final de cada batalla, el héroe enmascarado, blandiendo su afilada y diestra espada, con esa pose de jarra de cerveza con su mano izquierda y de boca de tetera con la de estocar, desarmaba a su rival. Con un acostumbrado movimiento (lle-
vaba cientos de duelos repitiendo la misma escena), tatuaba la cara

de su adversario con una letra: la *zeta*. Nunca se supo si mayúscula como su destreza o minúscula como sus guiones.

Terminado ese bordado, y antes de que la sangre impidiera leer el mensaje, nuestro protagonista decía, mirando a cámara o a los ojos del ávido lector, más que a las pupilas de su enemigo:

—Con esta marca todos sabrán que es el *Zorro* quien te ha vencido.

¡Puro éxtasis!

Dieguito aspiraba ser como don Diego de la Vega, personaje que una vez se envolvía con su capa y se ocultaba bajo su antifaz, se convertía en un prohombre misterioso, secreto, irreconocible. Desde ese preciso instante, don Diego de la Vega se paseaba sobre su montura, un precioso corcel negro como la obsidiana, único en todo México. Con arrojo blandía su fiel acero, defendiendo a los indefensos... Y esto acontecía sin ser descubierto. Ese increíble antifaz encubría no solo sus facciones, sino también el tono de su voz, las arrugas de sus labios y (esto sí que le tuvo intrigado a Dieguito) hasta disimulaba su particular y exclusivo bigote. Nadie lo reconocía. Nadie. Nunca. Ese prodigio que milagreaba el antifaz, Dieguito deseaba que fuera repetido por el nombre que él habría de elegir.

Amanecía un día de lluvia dispar, con fuertes chaparrones y ese sol típico del naciente otoño. En el cine del barrio, El Coliseo, se estrenaba, con varios años de retraso, una nueva versión de las aventuras del *Zorro*. Una película en formato de 35 milímetros, nada menos. Interpretada por el consagrado Antonio Banderas. El título de ese prometedor filme era *La máscara del Zorro*.

Acomodado en su butaca al final de la sala, Dieguito disfrutaba de los escarceos de su paladín. Veía cómo este conquistaba a cuanta mujer se le interponía en su camino. Galopando jocosamente en su brioso corcel. Llegado el epílogo de la cinta, en el apoteósico duelo final, nuestro *Zorro* (Antonio Banderas, no recuerdo si con bigote o sin él), blandiendo su pluma de hierro, grabó su marca en el rostro del enemigo. Dieguito se sentía exultante, nervioso, como si fuese

él quien hubiera rubricado esa filigrana de sangre en la cara del perverso terrateniente.

Tremenda emoción la de ver al malo cómo, episodio tras episodio, caía derrotado. Cómo languidecía en su fracaso. Después de esa rúbrica, el malo huía, se rendía o fenecía. Pero no de cualquier manera. No. Nunca moría en manos del espadachín. Porque, ese era otro misterio que a Dieguito le fascinaba del *Zorro*. Vencía, sí. Morían los malos, a veces. Pero... despeñados. Golpeados contra un malintencionado árbol. Cayéndose de cualquier balconada. Por fuego o acero amigo. Descabalgándose de su montura. Precipitándose desde algún tejado. Y así, un sinfín de ocurentes accidentes de los cuales el *Zorro* era solo un mero espectador.

Eso le cautivaba.

Era un héroe que mataba sin matar, que vencía por torpeza del rival. Peleaba contra una veintena de hombres armados hasta los dientes, con espadas y trabuquería, y todos acababan maltrechos. Y él sin herir más que en el orgullo. Una simple *zeta* en la piel del malvado y fin. Aplausos y a esperar otro capítulo.

Como te decía, Dieguito veía el final de esa nueva película, en *technicolor*, cuando descubrió, con endiablada sorpresa, que no había una *zeta* impresa en el rostro del vencido. Ante su estupor (casi se arranca los ojos por tal blasfemia), el aventajado esgrimidor, ese tal Antonio Banderas, el adulterado *Zorro*, pinceló una raquíta y traicionera «M».

Repito, ¡una «M»!

Pero... no contento con ese despropósito, ese malandrín tuvo el valor de explicar el porqué de tal infame caligrafía:

—«M» de Murrieta —dijo el fraudulento *Zorro*.

¡«M» de Murrieta!, y se quedó tan ancho.

Dieguito casi vomitó en su butaca.

Pero ese infortunio le proporcionó lo que buscaba. ¿Quién pensaría que tras una «M» se escondía el *Zorro*? Nadie, nadie en su sano juicio.

En consecuencia, decidió incluir esa letra en su nuevo nombre.

¡Cuánto odió al Banderas! Y... cuán agradecido le estuvo por revelar tal secreto.

Ya tenía el iniciar de su apodo. Ahora solo le restaba completarlo con algún patronímico, uno que nadie supiera identificar. Su plan navegaba con buen rumbo.

Semanas después, por puro azar, cuando ojeaba unos viejos periódicos, aconteció que un conocidísimo político conservador (seguro que amigo de su padre) se salvaba de ser imputado en una más que clara trama de corrupción. Alucinó cuando descubrió como ese péfido personaje se libraba de la cárcel con tan solo anteponer a su nombre la letra mágica que él descifró. Eso le dejó maravillado. La grafía funcionaba.

Únicamente con añadir su «M», un tal Rajoy se transformó en un perfecto desconocido. Aunque su nombre aparecía con clara evidencia en unos asientos contables, fue añadir esa letra y convirtió su apellido en un enigma indescifrable, ni los jeroglíficos egipcios fueron tan ilegibles. Los mejores expertos de nuestro eficaz gobierno, el CNI, emplearon horas y horas, días, semanas y meses tratando de descifrar ese enigma, sin resultado positivo. Se tardó menos en traducir la piedra roseta.

Tras incontables pesquisas y locuaces investigaciones, implicando a jueces, fiscales y letrados. Infinidad de consultas a profesionales de otros países. Un largo etcétera de expertos grafólogos y criptólogos analizando esa grafía. Nadie fue capaz de adivinar quién amanecía detrás de esas letras caligrafiadas en los papeles de la desvergüenza, ese desconocido M punto Rajoy.

Y eso se consiguió añadiendo una simple «M» a su apellido, una «M» seguida de un insignificante y mudo punto que Dieguito deseó que se escuchara.

«¿A qué es acojonante?», se reía Dieguito.

Pues Dieguito no iba a ser menos.

No se hable más. Tenía la «M» oculta bajo el antifaz del *Zorro* y el Rajoy irreconocible tras esa letra. Desde ese santo día, Dieguito trocaría su nombre y su apellido por el de «M punto Rajoy».

Nada de disfraces ni bigotes. ¿Quién sería capaz de descubrir que tras la «M» se hallaba su héroe, el *Zorro*, y tras el Rajoy, un ser humano de carne y hueso, un político corrupto?

Indescifrable.

Era imposible que lo identificaran.

Era el antifaz perfecto.

Era el nombre buscado y deseado.

Vale, está claro que toda esa estratagema, la de camuflarse tras un nombre, Dieguito la ideó porque su mente andaba un poco desquiciada, cualquier persona sensata sabría a ciencia cierta que, uses el nombre que uses, la cara no se oculta. Pero en la mente de Dieguito se dibujó con meridiana claridad que, al mudar su nombre por ese alias, por el M punto Rajoy, él, Diego Fortes, pasaría desapercibido y ya nunca más le volverían a llamar *idiota* o *tocaculos*. Por fin se libraría de esos sobrenombres que empezaban a hastiarle.

3

Teleoperador

Era indiscutible que a Diego Fortes no le importaba parecer diferente al resto de los mortales. Lo que no soportaba ya por más tiempo eran esas humillantes miradas, siempre acompañadas de falsas risas y demasiados insultos. No. Dieguito quería volver a sentirse libre. Un ser invisible que pudiera divertirse tal y como lo hacía mientras releía sus novelas del *Zorro*. O cuando veía sus películas de Colombo. O disfrutaba de las extravagancias de Hércules Poirot. Él quería ser feliz, como lo era mientras vivió en compañía de Fermín.

Eso solo lo conseguiría si era valiente y vencía al miedo.

Ya tenía elegido el nuevo nombre. Ahora necesitaba cambiarlo en la documentación que poseía. A saber: el carnet de identidad y el carnet de la biblioteca. El carnet de conducir trató de obtenerlo. Pero después de casi atropellar a varios viandantes que circulaban por la Avenida Dolores Ibárruri. De un sinfín de frenazos bruscos, saltando parterres y rotondas cerca del Parque Federica Montseny. Para, terminar estrellando el vehículo contra el escaparate de Flores Adelina. Los de la autoescuela, en clara connivencia con tráfico, decidieron suspenderlo de por vida.

Así pues, su único obstáculo fue borrar de todos sus carnets el viejo Diego Fortes y sustituirlo por el nuevo M punto Rajoy.

«¿Qué diantres dice la gente qué es difícil falsificar un carnet de identidad!» A él le pareció una nadería. A algún conocido a quien se lo enseñó (a modo de sondeo), asombrado ante tan chapucera brega, afirmó que era el intento de falsificación más burdo que jamás había visto.

—Diego, poner una pegatina tapando tu nombre y sobre ella escribir M punto Rajoy, y a bolígrafo. ¡Eso no engaña a nadie! ¡Tú eres idiota! —afirmaron cuantos lo vieron.

Podrían decir lo que quisieran, pero a él le parecía una obra maestra del engaño.

Otro motivo que le indujo a mudar su nombre y por ende ser un ser invisible, fue que a partir de ese desdichado día otoñal (el de la desnudez de la minifaldera y su posterior publicidad televisiva), ya no le permitieron la entrada a la biblioteca municipal. Tristemente, a Dieguito le prohibieron leer sus cómics favoritos dentro de esas paredes, las mismas que le otorgaron horas y horas de entretenida lectura. Los muy desalmados le quitaron su carnet de lector, alegando no sé qué falsas acusaciones de acoso sexual y escándalo público. «Que lo han mencionado en la tele y esta nunca miente», adujeron.

Sobre el tablón de anuncios se mostraba desafiante un cartel con su fotografía impresa en blanco y negro, en el que se leía: PERSONA NON GRATA. Es por ello que Dieguito ya no pudo sentarse en su silla favorita, la del primer piso junto a la ventana, y se vio obligado a comprar donde Peciña (una tenducha de alquiler de revistillas y cómics) todas aquellas historietas en las cuales apareciera el más mínimo indicio del *Zorro*, su héroe.

Dieguito trabajaba en una empresa de telefonía móvil, ocupando el puesto de teleoperador. Un escueto mensaje de su padre convenció al gerente de esa multinacional para que lo emplease en lo que fuera. Era la ansiada hora de solicitar parte de los favores ganados con aquellos juegos de clases y pasillos dentro del colegio privado.

Quid pro quo.

El gerente aceptó sin regañadientes al hijo del eminente exalcalde.

No sé si Dieguito debiera agradecer o no ese trabajo, pero significó su primer empleo con alta en la seguridad social y eso siempre ayuda. La función que Dieguito desarrollaba en ese puesto de trabajo, el de teleoperador, consistía en atiborrar al consumidor de una brutal desinformación. El cliente, ya cansado del pésimo servicio que recibía por parte de la compañía telefónica, exigía respuestas y cuanto menos una compensación. Era en esos momentos cuando Dieguito actuaba. Se ajustaba su micrófono y lo aburría con su palabrería.

Tras casi una hora de parloteo. De navegar entre frases incoherentes. De ofrecer servicios más propios de burdeles digitales que de una compañía telefónica. Los clientes colgaban el móvil cagándose en todo lo barrido. En contadas ocasiones, por no decir en todas, le llamaban de todo menos lo que en verdad era: Un simple operario. Dieguito seguía el estricto protocolo. No decía más que obviedades. No sabía por qué los clientes perdían el control y se anclaban en el insulto fácil.

Al final, el desdichado usuario cejaba en su queja.

Su jefe, Roberto Perdigones, se mostraba encantado con su porcentaje de éxitos.

—En toda mi trayectoria empresarial, y mirar que es dilatada, nunca he visto a ningún empleado deshacerse tan bien de los quejas como lo hace Diego. Este Fortes es un puto genio —decía a sus operarios mientras tomaba el café, acodado en la máquina expendedora.

Al tanto, Dieguito seguía dale que te pego con el telefonillo. La cafeína la tenía prohibida, le alteraba en extremo y luego no dormía en días.

En cuanto llegó a conocimiento de su supervisor, el señor Perdigones, lo de la falda, o, por no maldecir, lo de la ausencia de falda, este lo llamó a su despacho. Debo añadir que en esa historia nunca se mencionó el chicle. Entre risas y camaradería le invitó a que le describiera el susodicho trasero, llamándole pícaro mientras

le premiaba con continuos guiños. Acto seguido, con renovada camaradería y compadreo, le exigió que relatara, con todo lujo de detalles, como de *sexy* era el trasero de la moza. Al parecer, leyó que la zagala presumía de culo exquisito, prieto y bien puesto.

Ante la callada de Dieguito, quien lo miraba sin entender de qué diantres le hablaba, el señor Perdigones le exigió detalles.

—Vamos, Fortes, que lo que me digas no saldrá de aquí, todo quedará entre nosotros. O me lo cuentas o te despido —le dijo medio en broma, medio en serio.

Dieguito aprovechó ese momento de ambigüedad para emplear la misma estratagema que utilizaba con sus oyentes telefónicos: La de marear la perdiz. Tras casi media hora de bagatelas y palabras inconexas. Con descripciones extrañas donde un chicle pasó a ser el protagonista principal. Arrinconando de esta manera el retrato del deseado culo que tanto ansiaba su jefe. El señor Perdigones dio por finalizada la conversación con cierto dolor de cabeza.

«Sí que llega a aburrir», pensó, mientras le propinaba un simulado puntapié. Al final acabó por despedirlo.

Esa fue la última conversación que tuvo con su jefe, el tal Perdigones. Minutos después, se hallaba de patitas en la calle y hay que añadir que no por sus antecedentes, sino por la falta de lascivia. Dieguito nunca adivinó por qué diantres prescindieron de sus servicios.

«Ayer mismo el señor Perdigones presumía de que yo era un genio en mi trabajo», se decía mientras recogía sus pertenencias. «Por otra parte... ¿de qué culo me hablaba?»

Dieguito se quedó cariacontecido, incluso puede que hasta confundido. Era incapaz de recordar trasero alguno. Por más que daba vueltas en su cabeza, solo veía a su chicle alejarse calle abajo, ningún culo.

Desde que le despidieron de la compañía de telefonía, ese mes de octubre, sus ingresos sufrieron una merma importante. Al menos eso es lo que Dieguito pensó. El muchacho ignoraba que sus padres le habían adelantado una parte de la herencia. Lo hicieron antes de largarse a recorrer mundo y asentarse en una coqueta pla-

ya de Las Bahamas, sabedores de la falta de cordura que Dieguito portaba.

El monto se lo ingresaron en una cuenta corriente abierta en el principal banco de Sabreña, el Sabreña Bank, esperando que él supiese administrarse.

Aparte de ese adelanto dinerario, también le compraron el pequeño piso en el que ahora vivía, el «nidito de soltero» (ya pagado y libre de cargas). Cincuenta metros cuadrados de enladrillado, con cocina embaldosada, baño con ducha, salita modesta y habitación orientada al este. La cuenta, abultada, suficiente como para sobrevivir varias vidas sin necesidades.

El problema surgió cuando su tarjeta de crédito caducó y Dieguito tuvo que ir al banco para renovarla. Por aquel entonces, en su carnet de identidad ya se mostraba orgulloso el nuevo apodo, su admirada falsificación. En él se leía con claridad meridiana: M punto Rajoy. Con ese estrenado nombre reluciendo en su DNI, Dieguito se presentó en la sucursal bancaria, la de la calle Simón Bolívar, la situada cerca de la Iglesia Adventista del Séptimo Cielo. Su intención era solicitar su nueva tarjeta. En uno de los incontables cajeros que salpicaban las ramblas de la ciudad le rechazaron la tarjeta. En el cajero se leía: «Tarjeta caducada. Consulte con su entidad».

En sus manos descansaba su rehecho carnet de identidad. El falseado. Ese donde amanecía el mal encolado M punto Rajoy. Se dirigió al banco. Demandó a la cajera que fuese la directora en persona quien lo atendiera. Su padre así se lo dijo antes de partir. «Si algún día tienes que hacer cualquier trámite en el banco, pide que te atienda doña Remedios, la directora. ¿Me has entendido?».

Después de varios minutos de cachondeo por parte del personal. Pitorreos y chorreos motivados por la esmerada falsificación de su carnet de identidad, carnet que pasó de mano en mano (nunca un documento creó tanta polémica). Después de varias horas acomodado en una silla, escuchando cómo desde la oficina emanaban risas y murmullos. Tras ver todos los dedos índices de los

empleados señalándole a la cara y escuchar más de un inapropiado calificativo surcando los aires. Por fin, consiguió que doña Remedios, la directora, lo atendiera.

Fue un diálogo de besugos. Ella, la directora, venga a llamarle don Diego y él, erre que erre, diciéndole que ese no era su nombre, que él se llamaba M punto Rajoy. Ella insistía:

—No, tú eres Diego, Diego Fortes Labaca, hijo de don Francisco Fortes y doña Encarnación Labaca.

Y él repetía incansable:

—No, usted se equivoca... mi nombre es M punto Rajoy.

Como si de un partido de rugby se tratase, su conversación discurría como en una melé, entre tira y afloja de Diegos y Rajoys. La directora, hasta el moño de tanto punto y de tan maños disparates, lo despachó con un...

—Señor Rajoy, tendrá usted que traerme un justificante judicial donde se valide el nombre que con tanto recelo defiende.

A lo que Dieguito contestó con energía, sabedor de que llevaba razón:

—No es necesario que traiga nada, lo dice bien clarito aquí, en mi DNI. Mire, señora, léalo usted misma. Qué es lo que pone, M punto Rajoy, ¿no? —dijo vocalizando cada una de las letras que formaban su estrenado nombre, punto incluido.

La dama, harta ya de tanta sandez, no deseando oír más despropósitos, cogió un trozo de cartulina que, con cierta frivolidad, guillotiné delante de las narices del mancebo. Ayudada por un *dymo* grabó en su cinta: M punto Rajoy. Recortó y pegó la tira de color azul oscuro en el cartón. Coloreó una franja de la cartulina con un tono rojizo, tonalidad que representaba a su entidad bancaria.

Tomó de nuevo el *dymo*.

Cambió el color de la cinta y marcó un número de veinte dígitos, con sus guiones y espaciados.

Recortó el logotipo de su banco de un panfleto publicitario que sobresalía de un dispensario y adhirió ambas con pasta adhesiva rótulos a la cartulina. Acercó su creación a los labios y sopló con suavidad esperando que los pegamentos se sellasen. Lo miró de

arriba abajo, por delante y por detrás y después de comprobar su eficiente trabajo, lo garabateó más que firmar, lo plastificó y se lo entregó a Dieguito.

—Ahí tiene usted su tarjeta de crédito, señor M punto Rajoy — le dijo.

Acto seguido ordenó a su personal a que lo invitaran a abandonar las dependencias.

Ese día Dieguito perdió el rastro de sus ahorros, solo pudo conservar los billetes que atesoraba en su cajón de la mesita de noche, que eran suficientes para pasar varios meses, y los trescientos euros de su cartera. Menos mal que sus padres le dejaron bien atado lo de la domiciliación de los recibos y, al menos, evitó que le cortaran el agua o la luz por falta de pago, amén de otras domiciliaciones y gastos. Hechos que Dieguito, como es lógico, ignoraba.

Recién despedido por algo que no hizo, con escaso dinero, porque por más que lo intentó, esa tarjeta que le dio la directora no era aceptada en ningún cajero, y quiero recalcar que, sin el chicle, se vio envuelto en una futura e innegable pobreza. Le urgía buscar un trabajo. Ya en la soledad de su casa, Dieguito tuvo que plantearse qué es lo que él sabía hacer para poder ganarse la vida. Terrible dilema. No quería repetir el desagradable oficio de teleoperador. Demasiado estrés. Exagerados insultos y escasa camaradería.

El problema estribaba en qué profesión elegir. Estaba harto del telefonillo. Pensó en qué sabía hacer. Había dedicado su vida a leer las historietas que Johnston McCulley creó (el *Zorro*, toda una leyenda). En los últimos años, tras abandonar su mansión, disfrutó de otros dos personajes, *Colombo* y el no menos afamado *Hércules Poirot*. De manera que, en lo referente a complots detectivescos, se tenía por un genio.

La única conclusión que sacó de todo eso era obvia. O montaba una tienda donde comprar y vender historietas del *Zorro*, un quiosquillo como el del Peciña. O dedicaba su tiempo a resolver intrincados secuestros, escondidos asesinatos y demás *criminalidades*.

La respuesta llegó sola a su cabeza en cuanto recordó una de las antológicas enseñanzas que Fermín le dejara en herencia:

«Recuerda Dieguito que tú siempre debes apuntar a lo más alto, no te conformes con menos. Los grandes hombres deben tomar grandes decisiones y no tienen miedo ni al riesgo ni a la responsabilidad. Si algún día tienes que optar por un camino, elige aquel que te permita ayudar a los demás, aunque esté alicatado con chinchetas. Descubrirás entonces el placer y la paz a que ello deriva. No te echas atrás por miedo, porque los cobardes viven más y mejor, pero lo hacen en la prisión de su propia miseria».

Si a esto le sumamos que él no había nacido para el mundo de los negocios papeleros, donde se debían realizar pagos y pedidos, discutir con clientes, administrar créditos y un sinfín de tareas nada agradables, el resultado era obvio. Asimismo, para la compra-venta de revistillas debía agenciarse un local, y al precio que andaba el suelo lo tenía crudo con sus escasos bienes. Estas y otras elucubraciones le llevaron a tomar la decisión de abrir una agencia de detectives privados. Deseaba resolver grandes misterios. Además, de paso ayudaría al débil, a la víctima, tal y como Fermín le enseñó e igual que hacía su *Zorro*.

No cabía duda alguna, Dieguito, o mejor dicho M punto Rajoy, iba a convertirse en detective privado y ayudar al humilde, iba a ser el Robín Hood de los detectives, el azote de los criminales.

En principio él sería el único socio. De momento podría trabajar desde la placidez de su hogar, lo que le evitaba andar con alquileres y mudanzas. No encontró en esa decisión más que ventajas.

Acababa de nacer M punto Rajoy, detective privado.

Detective M punto Rajoy

Decidido, se puso manos a la obra. Lo primordial era conseguir unas tarjetas de visita que anunciaran su profesión, luego vería la forma de proveerse del atuendo, de la secretaria, del arma, de las esposas y demás bagatelas. Sí, todo eso vendría con el tiempo.

Para las tarjetas de visita (única prueba de su innegable profesionalidad), acudió donde Justino, el de la imprenta *Exlibris*, a una manzana de su portal. Justino era un joven que heredó el negocio de sus abuelos. Fueron estos quienes lo educaron debido a que sus padres fallecieron hace casi tres décadas. Fue en una explosión de gas, la que ocurrió en la calle Sevilla. Aquella que dejó un boquete que unió la acera con la línea del metro, conectando a la gente humilde con el mismísimo infierno. Coincidió con el mismo día en que Dieguito vino a este mundo.

En menos de cuarenta y ocho horas, y después de desembolsar sus primeros treinta euros, tendría sus tarjetas.

Aprovechó esas horas muertas de que disponía para revisar los casos más sonados de los inspectores que tanto había disfrutado en sus videos y disquetes. Eso le permitiría adquirir la experiencia necesaria para trajinar en los bajos fondos, lugares en los que no tendría más remedio que bregar en un futuro no muy lejano, si es que quería resolver los misterios que se le presentaran.

Una vez tuvo aviso de que el librero había terminado de fabricar las tarjetas, bajó a recogerlas. Solo con palparlas sintió la oleada de conocimientos que un buen detective precisa. Era una sensación intrínseca al contenido de las mismas.

¡Qué preciosidad!: «M punto Rajoy. Detective Privado» y a continuación una dirección: «Camino de la Alameda, n.º 17», falsa, por supuesto, incluida solo para despistar. No quería que los asesinos, maleantes y demás criminales de la ciudad y puede que alrededores, y por qué no pensarlo, de otros países, adivinaran dónde localizarlo. Remataba el texto con un número de teléfono. Este sí coincidía con el suyo. Y qué orgulloso quedó con el dibujo que diseñó: una lupa que se apoyaba en un sombrero y bajo este un retorcido bigote, a semejanza del que orgulloso portaba Hércules Poirot.

Ya con las tarjetas de presentación en su mano, era el momento indicado para dar el siguiente paso. Le mandó a Justino confeccionar unas octavillas con las que pensaba inundar las calles de su barrio y barrios adyacentes, al menos como una primera incursión en el mundo publicitario. Debía darse a conocer.

Dos días después, con veinte euros menos y decenas de películas visionadas, ya tenía los pasquines en su poder. Ahora, restaba acertar con la vestimenta. Para estar acorde con su nueva profesión, decidió imitar la indumentaria que orgulloso portaba el teniente Colombo. Salvo el ojo de cristal, trató de plagiarle en todo cuanto pudo. Recordó que existía una tienda de ropa usada en el barrio de las Conchas, en la esquina de Fuencarrales con el Paseo de la Encina. De forma que puso rumbo hacia allí.

Se notaba que ese no era un buen barrio, con humedades pincelando las desconchadas paredes, con la mitad de las iluminarias de la calle fundidas y la otra a falta de bombilla. Con varios mozos descansando el hombro en las paredes y otros vagando entre los coches. Con mujeres de muslo al aire apoyadas en los portales y que le saludaban con sonrisas y frases que no llegó a entender «¿Quieres un viajecito, mi arma?» No, no era un buen barrio, pero la tienda de segunda mano, más sucia que vieja, tenía precios asequibles a cualquier bolsillo.

El susodicho bazar perfumaba la calle con un aroma a orín de rata y relente. Su propietaria era una joven que debía odiar más el

aseo que pagar a Hacienda. Después de un cordial, saludo Dieguito se puso a rebuscar entre las borriquetas. No sé cómo pudo sopor-
tar los vahos que allí se cocían. Dispersos en esos estantes encon-
tró multitud de jerséis y camisas, pantalones y chamarras de todo
tipo, hasta que halló lo que venía buscando. Una gabardina que en
otro tiempo fuera blanca como la nieve se mostraba ahora de un
gris más bien oscuro, cercano a lo negro. Le llegaba hasta los tobi-
llos y olía a *chon* desde el otro lado de la acera. Acompañó el ajuar
con una bufanda de color crema, con más agujeros que puntos de
lana y un sombrero también gris, estilo principios de siglo. Diegui-
to pensaba que unos lunares ocres lo adornaban, pero puedo ase-
gurar que no se trataban de lunares, sino de manchurroneos de...
Bueno, olían a boñiga de vaca mezclada con pis de mofeta. Todo
no llegó a los veinte euros.

Ya con el atuendo al completo, se dedicó a recorrer las callejue-
las y callejones del barrio. Dejó tarjetitas de visita en tiendas estra-
tégicas. Pegó pasquines en farolas y portales. Legando a su paso un
pestaño a embutido podrido que tiraba para atrás.

Dieguito tenía claro que debía inundar con esos pasquines y tar-
jetas cuantos más bares pudiera. Estos eran los establecimientos
que más frecuentaban los ciudadanos de a bien, a los que tanto
ansiaba ayudar. Con la satisfacción del trabajo bien hecho, se sentó
relajado frente al teléfono móvil. Lo había anclado a la mesa con
una pieza metálica, a modo de sargento. «Un detective que se pre-
cie tiene que tener al menos un teléfono fijo. Lo del móvil está
bien, pero es imprescindible uno fijo». Texto que venía escrito en
el manual del detective que él dominaba como una araña domina
los telares. No le veía utilidad a eso de llevar el teléfono de empre-
sa de un lugar a otro, en casa estaría más seguro, alejado de robos.
¡A saber por qué calles tendría que vagar, que antros frecuentaría!

Ahora, solo restaba esperar las llamadas de los clientes. De
forma que esperó y esperó.

En una libreta Oxford que el librero Justino le regaló por la
compra de las tarjetas y pasquines, Dieguito anotaría los encargos.
Más tarde, seleccionaría solo los más jugosos. Aquellos que au-
mentarían con rapidez el prestigio que todo buen detective necesi-
ta. Esperaba que ese cuaderno tuviera hojas suficientes.

Pasaron los minutos y nada.

Transcurrieron las horas y tampoco.

Más tarde se gastaron los días y con avidez se devoraron las semanas.

Rondaba mediados de marzo. Pronto la primavera llenaría de verdor las ramas de los árboles de los parques y avenidas. Por desgracia, Dieguito aún no se había estrenado. Bueno, ni él ni el teléfono que no sonó ni para venderle un seguro de hogar o vida, ni tan siquiera para que se cambiara de compañía telefónica. Algo, por otro lado, inusual y extraño que alguien debiera investigar.

Un martes cualquiera, temprano, con el sol aun luchando por desperezarse, escuchó el chirriar del teléfono (el fijo claro está). Una señora de avanzada edad había perdido a su gato y ofrecía recompensa a quien lo encontrara o *encontraviría*, latinajo que empleó Dieguito en un alarde de dominio literario.

En ese primer contacto telefónico la anciana le comentó que días atrás intentó acercarse hasta su domicilio. Pero una vez personada en la dirección que indicaba la tarjeta, la cual recogió en la taberna de Rufino, le dijeron que allí no conocían a ningún M punto Rajoy y mucho menos a un detective privado.

Su plan para que los enemigos del hampa no lo ubicaran funcionaba a la perfección. Ahora sería ilocalizable. Entre la falsa dirección y su nombre de ensueño nadie podría dar con su paradero.

Rio con picardía.

Quedó en acercarse hasta el domicilio de la anciana, ya que por la voz le pareció una mujer entrada en años. Dieguito se sentía orgulloso y lleno de satisfacción. En pocas horas recibiría los datos que necesitaba y comenzaría la conquista de su primer caso. Lo rotuló en su estrenada libreta, con mayúsculas y subrayado:

«EL MISTERIO DEL GATO DESAPARECIDO»